
Ocho años de gobierno

JOSÉ MARÍA AZNAR*

QUERIDO candidato, queridas amigas y amigos: Una vez más os pido permiso para ser el de siempre ante vosotros. Una persona –ya lo sabéis– un poco demasiado seria, «sequerón», algo brusco quizá, pero que disfruta estando con los suyos como me sucede en esta mañana. Pido una vez más vuestra comprensión porque este acto debe ser uno más de los que realizamos cuando presentamos a los españoles la acción política del Partido Popular. Quiero agradeceros este acto de hoy. Porque yo entiendo que se trata de algo más que de pasar el testigo antes de una campaña electoral. Mariano Rajoy y yo vamos a hablar para muchas personas. Para todos vosotros, en primer lugar. Pero sabemos que, más allá de este recinto, nos dirigimos a todos cuantos creen que su país está cambiando a mejor, con luces y sombras, pero que España va a más. No todos prefieren al Partido Popular, ni tienen por qué habernos dado su voto. Pero yo voy a expresarme de una manera tan rigurosa como llena de ilusión hacia todos ellos. Los hechos no van desmentir mis palabras. Y es que se puede o no haber votado a un partido, pero un partido, ante todo, no puede defraudar. Cuando un partido pide paso para gobernar hay que saber ganar la confianza, siendo claro y fiable. Nosotros no somos un partido que toma el voto y corre. Somos un partido que presenta cuentas, que se explica, que dice en qué ha invertido la confianza recibida y el dinero recaudado. Y que sea así por muchos años. Eso sí que es calidad de la democracia, y sí que es respeto a los ciudadanos. Yo creo que las cosas van razonablemente bien. Porque ha habido voluntad. Ha existido y sigue existiendo una voluntad de los españoles por vivir mejor en un país mejor. Con más libertad y más

* José María Aznar (jmaznar@presidencia.gob.es) es Presidente de Faes fundación para el análisis y los estudios sociales y Presidente del Gobierno de España. El texto corresponde al discurso pronunciado en un acto del Partido Popular en Madrid el 17 de enero de 2004.

estabilidad, con más confianza y más bienestar. Es lo que el Partido Popular propuso hace ocho años a los ciudadanos. No propusimos nada a lo que los españoles no pudieran o desearan aspirar. No ofrecimos nada de lo que los españoles no pudieran sentirse protagonistas. Y los españoles han sido protagonistas de unos años que han cambiado España. Hace veintiún años me presenté por primera vez a unas elecciones, en Ávila. Entonces éramos una fuerza política insignificante. Pero algunos –yo entre ellos– sabíamos que éramos un partido de gobierno. Lo dije siempre. Desde el momento en que fui elegido por vosotros presidente del Partido en 1990. Pero ya desde Valladolid vengo diciendo que nuestro partido siente una vocación profunda de gobierno. Y que por eso necesita incorporarse a los cambios de la sociedad española y promoverlos. Y que por eso es preciso estar en permanente sintonía con nuestro país. Si de verdad queremos ser útiles a España, lo único importante entonces es ir a su ritmo, incluso acelerar su paso, pero nunca ir por detrás. Pero esa misma vocación de gobierno nos impide decir tonterías, improvisar medidas, jugar desde los cargos con el dinero público. Nos lo impide a nosotros más que a otros partidos. Por tanto soy el primero en decirnos que tenemos que inaugurar juntos una nueva etapa, marcada por la renovación, con nuevos contenidos, de esa misma ambición. La nostalgia es un error. La satisfacción por lo alcanzado es insuficiente para garantizar el futuro. Las personas somos todas necesarias pero hay que abrir el paso.

En dos ocasiones consecutivas hemos recibido la confianza mayoritaria de los ciudadanos. No creo que les hayamos defraudado. Y creo que una de las causas de esa confianza expresada en las urnas es que trabajamos por el bien de España y de los españoles. Porque no ponemos en primer lugar los intereses de nuestro partido, sino el interés general y la convivencia en nuestra nación.

La España de hoy es muy distinta de la de 1996. Nuestro país entonces parecía obligado a vivir en malas condiciones. Mucha gente carecía de horizonte. Demasiadas personas en paro, muchos mayores con pensiones de una Seguridad Social a punto de entrar en crisis. Pocos se atrevían a tener iniciativas, a dar un paso adelante.

Faltaba confianza en la política, resultados en las empresas, trabajo para las personas. España necesitaba un cambio de Gobierno, de partidos y de personas. La política española pedía más honradez y pasar la página

de los escándalos. El Partido Popular se presentó a las elecciones de 1996 ofreciendo devolver a la sociedad española la confianza en sí misma. Nos presentamos con un programa de centro, moderado y reformista.

Nuestros objetivos eran muy claros, como lo siguen siendo ahora. Más empleos en las empresas. Más dinamismo y más Europa. Más seguridad en las calles. Más estudio en los colegios. Más Constitución y patriotismo. Más estabilidad de Gobierno. Un programa abierto al diálogo, capaz de poner a España en marcha. A partir de lo realizado desde 1996, me ratifico en que un gobierno sólo acierta con la política adecuada para su país si se tienen ideas propias, si se parte de unas convicciones maduras. Sin ellas, la dignidad de la política se pierde por los derroteros del oportunismo, de la insolvencia, de la cesión ante los grupos minoritarios. Sin ideas propias, sino compradas a otras siglas, es poco honrado presentarse a unas elecciones. Ésa es la verdad.

Por eso digo que ahora, en estas elecciones, debemos evitar con nuestro esfuerzo que se conviertan en un carrusel, en el carrusel del «gratis total» en economía y el «todo a 17» en política. Y si algunos se empeñan en ello, tendremos que reprochárselo, porque no es serio. Nunca hay que arrepentirse de decir serenamente «no» cuando se nos pide que renunciemos a nuestros principios esenciales. Más aún cuando lo exigen grupos respetables en democracia, pero minoritarios en toda España.

Y a cuantos quieren estar no ya fuera del Gobierno y fuera de la mayoría, sino fuera de la Constitución y los Estatutos de autonomía, sólo cabe pedirles que se moderen, porque nosotros no vamos cambiar y representamos a una mayoría. Nuestro partido defiende valores y principios que los ciudadanos han apoyado en las urnas. Son la base de un proyecto de centro que en 1996 apostaba por darle la iniciativa a las personas, porque confiábamos en las capacidades de los españoles para salir adelante.

Era una apuesta por la libertad individual. Por eliminar obstáculos y restricciones. Por que las personas pudieran disponer de mayor parte de sus propios recursos. Por un gasto público que dejara de ser una barrera para el bienestar. Estábamos convencidos de que la mejor política social era aquella que proporcionara empleo y oportunidades. Partíamos de la idea de que España es una gran nación europea. Sabíamos que con las políticas adecuadas podríamos eliminar las distancias que nos separaban de los países más prósperos. Presentábamos nuestra idea de una España

plural, con una historia y un futuro comunes. La de la Constitución y los Estatutos de Autonomía. Un país cuyos ciudadanos son solidarios con el resto de sus compatriotas, sin importar su lugar de residencia.

Hoy tenemos que hablar de una España bien distinta a la de 1996. Una España más solvente, equilibrada y capaz de generar oportunidades. Una España moderna y mejor preparada. Una España activa en la Europa del euro. Una España más presente en el mundo y que cumple sus compromisos. Una España con ambiciones y con un proyecto para conseguirlas. Hablamos de una España cuya economía ha crecido un 64 por ciento, cuya renta por habitante ha crecido un 36 por ciento, y en la que 5 Comunidades Autónomas, donde vive más de una tercera parte de los españoles, superan ya la renta media europea.

Hablamos de una España más abierta, que ha multiplicado por 12 sus inversiones en el exterior y cuyas empresas y marcas están presentes en todo el mundo. Hoy hablamos de una España en la que el futuro no está reservado para unos pocos. En la que cada persona puede aspirar a más. Hablamos de dos millones y medio de familias que en estos años han accedido a una vivienda en propiedad. De un país en el que hay siete millones más de coches circulando y llevando a la gente adonde quiere. Un país en el que hay ya 37 millones de teléfonos móviles. Hablamos de una sociedad en la que la solidaridad se ha afianzado como un valor esencial. Una sociedad más participativa que ha visto multiplicarse por tres el número de voluntarios. En la que el número de trasplantes ha podido crecer cerca de un 30 por ciento gracias a la donación de órganos. Una España en la que el número de fundaciones y asociaciones ha crecido en más de 100.000.

Hoy nuestra sociedad es más libre, más culta y más sensible con su entorno. Hablamos de una España en la que se ha duplicado el número de personas que acuden a las Bibliotecas Públicas. Un país con el doble de pantallas de cine que hace 6 años, y luego la gente va o no al cine si le da la gana de ir o de no ir, que también hay que decirlo todo. Un país en el que las instalaciones de energía eólica y solar han crecido exponencialmente. Hablamos de una España donde hay más empleo y donde ya no existe ningún contrato de trabajo sin protección social. Hablamos de una España que es la octava economía del mundo. Que se dice pronto.

Cuando en 1996 accedimos al Gobierno no lo hacíamos meramente para gestionar, para administrar ingresos y gastos. Llegamos al Gobierno

con una idea muy clara de la España en la que creíamos y de la España que queríamos. Ocho años después creo que el esfuerzo ha merecido la pena. Hoy vivimos en una sociedad más próspera, más decidida, con más iniciativa. Una sociedad en la que trabajan 4.300.000 personas más que a comienzos de 1996. Más de cuatro millones de personas que no tienen que acudir cada mes a cobrar un subsidio, que pueden confiar más en sí mismas y en sus posibilidades. En estos ocho años, reforma a reforma, hemos construido un marco más propicio para la creación de empleo. Sabíamos que era el mejor servicio que podíamos prestar a la sociedad española. Para que cada cual pudiera hacer realidad sus proyectos.

Desde 1996 la tasa de paro ha pasado de más del 22% al 11%, a pesar de haber dos millones más de personas en condiciones de trabajar. Hoy son un millón menos los jóvenes desempleados. Y, también entre las mujeres, la tasa de paro se ha reducido a la mitad. Lo siento por los que sufren con los números. Y hay quien sufre mucho. Al PSOE se le han atragantado los números. Qué le vamos a hacer. No pienso pedir perdón, no es culpa nuestra. No es casualidad que las cifras lleven ocho años dándonos la razón. Cifras como la de afiliados a la Seguridad Social, que ha pasado de 12.300.000 a cerca de 17 millones.

España ha dado desde el 96 el acelerón que necesitaba. Ha salido del parón que arrastraba en la primera parte de los 90 y ha sabido recuperar el retraso que acumulaba peligrosamente. Gracias a aquellas elecciones, España no perdió una década entera. El Partido Popular ha hecho los deberes pendientes. Ha sabido cumplir los objetivos de crecimiento y prosperidad que se había marcado. Lo recalco no para sentirnos orgullosos, no para creernos los mejores. No. Era nuestro deber de partido que está en el gobierno. Pero tampoco lo olvidéis el próximo 14 de marzo. Era nuestra responsabilidad y fuimos elegidos para cumplirla. No lo olvidéis.

La creación de empleo es quizá el resultado más evidente y más valioso de las reformas emprendidas. Y seguimos poniendo las bases para afianzarla y para consolidar la transformación de la sociedad española. Con ese propósito hemos reformado el conjunto del sistema educativo. Aprobamos la Ley de Calidad de la Educación para romper esa progresión que nos decía ya que uno de cada cuatro alumnos fracasaba. También en Educación habíamos tocado fondo y era imprescindible empezar a remontar.

Defendemos la libertad y sostenemos que la responsabilidad es una obligación ineludible de cada persona. Creemos en el mérito. Y que el mérito, el esfuerzo y la dedicación deben tener su recompensa. Es la diferencia con el modelo que heredamos hace ocho años. Una España que crece apoyada en la valía de sus ciudadanos es una España más sólida. Por eso hoy medio millón más de alumnos que hace ocho años disfrutaban de una beca. Por eso hoy el gasto público en educación es un 60 por ciento más alto que entonces, a pesar de la reducción del número de alumnos en más de 900.000. Por eso hemos insistido en que a ningún niño español se le puede negar el derecho a conocer la historia y la cultura de España.

Ha habido constantes en nuestras políticas en estos ocho años, señas claras de nuestras convicciones. Una de ellas ha sido la voluntad decidida de bajar los impuestos. Se equivoca quien piense que bajar los impuestos es un truco electoral. Bajar los impuestos es hacer una declaración de principios. Es saber que el dinero donde mejor está es en el bolsillo de quienes se lo han ganado con el sudor de su frente. Es creer en la libertad de elegir frente al dirigismo público. Por eso hemos bajado dos veces el IRPF, hemos suprimido el IAE para la mayor parte de los contribuyentes y estamos eliminando el Impuesto de Sucesiones.

Hoy el Estado absorbe una proporción menor del conjunto de la economía. Un 39 por ciento. Seis puntos menos que cuando empezamos. Así se crea más riqueza y se beneficia más al conjunto de los ciudadanos. Hemos acabado con el déficit público, cuando lo encontramos en un 6,6% del PIB hace ocho años. Hemos saneado las cuentas de una Seguridad Social que encontramos en números rojos y que hoy tiene superávit. Una Seguridad Social que cuenta ya con un Fondo de Reserva de 12.000 millones de euros. Un fondo que hace ocho años, sencillamente, no existía. Y todo esto dedicando 20.000 millones de euros más al pago de las pensiones contributivas. Habiendo pasado de una pensión media mensual de 382 euros en 1995 a 571 en este año.

Hemos hecho muchas reformas. Por cada una de ellas hemos sido criticados. Pero ya nadie puede decir que han quebrado el bienestar social. Hemos privatizado muchas empresas, porque quien gestiona bien los negocios no es el Estado, sino el mercado. De cada privatización nos han dicho que sería perjudicial. Y ahora, pasado el tiempo, resulta que esas empresas privatizadas tienen más empleados que antes, facturan más que antes,

y ofrecen precios más baratos que antes. Vaya lección para los que siempre pronostican catástrofes sociales.

Nos decían que para modernizar España había que endeudarse más, y no hicimos eso. No hicimos caso y no se lo vamos a hacer nunca. Hemos reducido en dieciocho puntos la deuda y hemos sido capaces de hacer más con menos. Dicho de otra manera: hemos dedicado el dinero de los españoles a modernizar España, en vez de a pagar intereses, a despilfarros o a otras cosas.

Hoy contamos con dos mil kilómetros más de autovías y autopistas que en 1995, y la red ferroviaria de alta velocidad conectará en pocos años todas las capitales de la Península y nos comunicará mejor con el resto de Europa. Por cierto, yo, a diferencia de algunos distinguidos dirigentes socialistas que quieren que la red de alta velocidad sólo conecte las capitales donde ellos están, soy partidario de que conecte todas las capitales españolas, porque eso es también vertebrar y cohesionar el país.

Hacer esto y contar con puertos y aeropuertos de primer nivel es estar más cerca entre todos, más cohesionados y más unidos. Por eso, tal vez, algunos no quieran hacerlo... Hoy el margen para emprender proyectos es mayor. Y el espíritu emprendedor de los españoles también lo es. Lo confirman las nuevas 140.000 mujeres empresarias, el medio millón más de personas que en estos ocho años han decidido invertir en su propio negocio. No esperar oportunidades, sino salir a buscarlas. La sociedad española de hoy es diferente también por su composición. Hoy residen legalmente en España más de un millón de extranjeros más que hace ocho años. Hoy la sociedad española es más diversa. Y, con dificultades en ocasiones, pero también con aciertos, estamos logrando entre todos que progrese la integración de estas personas en la sociedad española.

Hemos querido hacer de España un país mejor donde vivir. Un país con más libertad. Un país donde algo tan sencillo en democracia como es decir lo que se piensa, no supusiera una amenaza de muerte. Se puede combatir al terrorismo con la única fuerza del Estado de Derecho. Sin atajos, solamente con la ley, pero con todo el peso de la Ley.

Somos una democracia madura y una democracia no tolera que los terroristas estén en los Ayuntamientos, o tengan las sedes abiertas; y además, no tolera que esos terroristas sean financiados con nuestros

impuestos. España es más libre, y es mejor, aunque sólo sea porque ya no tenemos que pasar por la vergüenza de ver a los terroristas sentados en los escaños y recibiendo, para colmo, dinero de nuestros bolsillos.

Luchar contra el terrorismo con los instrumentos del Estado de Derecho es un mérito de la democracia española, y así lo hemos demostrado en estos años en los que hemos combatido el terror con decisión y con coraje, con determinación y con la convicción de hacer lo que estábamos haciendo. Y quiero deciros una cosa bien clara: de esto, de esta lucha, mientras dure, yo no me voy a ir ni hoy ni nunca, hasta que el terrorismo acabe definitivamente derrotado.

Agradezco la extraordinaria labor de las Fuerzas y los Cuerpos de Seguridad, de todas las Fuerzas y los Cuerpos de Seguridad, y especialmente, y lo digo con orgullo, de la Guardia Civil de España y de la Policía Nacional española. Y agradezco el trabajo de todos aquellos jueces, fiscales y magistrados que se han decidido a proteger el derecho a la vida de los españoles.

España ha sufrido ya durante muchas décadas un precio de sangre de sus ciudadanos a manos de un grupo terrorista y exacerbadamente nacionalista. En muchos períodos tuvimos que soportar esa prueba a solas, sin encontrar el eco debido en las peticiones de solidaridad democrática. En estos años la Comunidad Internacional ha tomado conciencia de la verdadera dimensión del terrorismo y de la amenaza que representa para la libertad, para las instituciones democráticas, para nuestro modo de vida, para todos nosotros. Afortunadamente, ha dejado de haber fronteras en la persecución de los terroristas y se han acabado las guaridas o los santuarios para los terroristas; y no habrá tregua con ellos. No cejaremos hasta acabar con ellos, y su único destino es la Justicia, la condena y la prisión, con el cumplimiento íntegro de todas las penas.

Permitidme que en este punto dé asimismo las gracias al trabajo de nuestras Fuerzas Armadas. Ya no hay Servicio Militar obligatorio en España: todos los soldados y todos los mandos son ya profesionales. Hemos procurado mejorar su condición y sus capacidades, hemos hecho muchas reformas; pero sabemos que una nación fuerte, una política exterior seria y una política internacional coherente necesitan unas Fuerzas Armadas preparadas. La diferencia es que habrá alguna gente todavía en España a la que le dé vergüenza hablar de esto; pues a mí, no, y lo digo bien alto. Y

además digo que allí donde estén nuestros soldados cuentan con mi admiración y mi respeto. Allí estarán ellos y nosotros, siempre juntos, apoyando y defendiendo los intereses de España.

Hoy, más que nunca, es posible creer en España. Hemos seguido impulsando la descentralización. Hemos consolidado y fortalecido la España de las Autonomías creando un buen sistema de financiación que todas las Comunidades apoyaron. No pueden hablar en serio quienes hablan de regresión autonómica en estos ocho años. Lo que en el fondo nos critican es algo al parecer tan grave como querer que España siga unida como lo ha estado durante siglos. Hay quien está empeñado en hacernos creer que los nacionalismos son doctrinas progresistas y que convivir sin disgregar España es una idea retrógrada.

No es posible ver si se cierran los ojos a la realidad. Y no ver es ignorar que en estos ocho años el número de funcionarios autonómicos ha pasado de 637.000 a cerca de 1.200.000. Es ignorar que el gasto autonómico ha pasado en este periodo del 20,7 al 37,5 por ciento del gasto público total. Es ignorar que se han traspasado a las Comunidades Autónomas competencias como la Sanidad, la Educación, las políticas activas de empleo o la Administración de Justicia. Ahora es el momento de poner los pies en el suelo y no de lanzarse a ensoñaciones que nada tienen que ver con lo que los ciudadanos quieren y necesitan. Están en juego el bienestar y la prosperidad de todos, precisamente cuando más cerca estamos de alcanzar una meta histórica, la convergencia con el resto de Europa.

En 2003 nuestra renta por habitante ha alcanzado la cifra récord del 87 por ciento de la media de la Unión Europea. En 1996 estábamos en el 78,2 por ciento. Estos 9 puntos de diferencia sintetizan el cambio de España en estos ocho años. Este es el camino del que no debemos apartarnos ni distraernos y, mucho menos, retroceder. A la altura del 2004, cualquier ciudadano normal y sensato sabe que ninguno de los progresos que han cambiado la imagen de España habrían sido posibles sin la tranquilidad y la confianza que proporciona a todos saber que tenemos unas reglas para entendernos y unas reglas para actuar con igualdad. Es decir, que los españoles nos respetamos a nosotros mismos, respetando la Constitución que nos hemos dado. Si los españoles disfrutan hoy de mayor bienestar no es ni por casualidad, ni por el arrastre de una coyuntura internacional favorable, ni por ningún fenómeno de la naturaleza. España

ha cambiado por el esfuerzo de todos y cada uno de los españoles. Cada uno de ellos ha tenido que trabajar por su propio progreso personal y el de su familia. Así ha avanzado el conjunto de la sociedad. Porque por fin ha tenido oportunidades para hacerlo.

Tenemos problemas, cómo no. Pero una de las cosas que más me alegra es que cuando a los españoles se les pregunta en una encuesta cuáles son los principales problemas de España, casi ninguno se acuerda ya de mencionar la corrupción. Me alegro de verdad. Me alegra que seamos un partido decente.

España ha cambiado, y eso salta a la vista de cualquiera que pasee por las calles de nuestras ciudades y pueblos. Y por eso creo que venir a los españoles con los mismos discursos de hace cuatro y hace ocho años es volver a equivocarse. Hay algunos que se equivocan mucho. Se equivocaron en el 2000, y se volvieron a equivocar en las Municipales de mayo. Pero parecen decididos a volver a cometer los mismos errores: hablar a la gente de problemas que ya no lo son, o hablar de recetas que ya demostraron su fracaso, o volver a explicar que con el Partido Popular todo va fatal. Hablan los que fracasaron como gobernantes, volvieron a fracasar como oposición, y están volviendo a fracasar de nuevo.

Que España haya cambiado no significa que no haya problemas. Algunos antiguos y otros que han surgido ahora, precisamente porque somos una sociedad más próspera. Nosotros nos dedicamos a pensar en respuestas a esos problemas de ahora, los problemas reales, que no son ni el Tribunal Supremo, ni la Agencia Tributaria, sino que son cómo alcanzar el pleno empleo, aumentar el bienestar, o aprovechar todas las ventajas de la innovación tecnológica. Pensamos en los problemas que existen y también nos damos cuenta de las oportunidades que ahora tenemos y antes no teníamos. La oportunidad de encontrarnos entre las grandes democracias del mundo. La oportunidad de que nuestras empresas, nuestros profesionales y nuestros artistas puedan ser, más que participantes o aspirantes, verdaderos protagonistas e impulsores en todo el mundo.

Pensamos en una España a la que le pasa lo mismo que a cada uno de sus ciudadanos: que puede llegar tan lejos como se lo permita su esfuerzo y su capacidad. Una España que lo último que necesita es volver la mirada al pasado —a los años setenta, a los años treinta, según algunos a la disputa carlista o a la discusión sobre los Decretos de Felipe V—. No necesitamos

pararnos a pensar quiénes somos, de dónde venimos, y adónde vamos, porque ya lo sabemos. Lo pactamos en la Constitución, y lo hemos seguido pactando con las manos y con la cabeza, con las ilusiones y con los éxitos, cada día de los últimos veinticinco años.

Hemos hecho muchas cosas en estos años de gobierno. Hemos ejercido nuestra responsabilidad con rigor y seriedad. Hemos levantado entre todos los pilares de un cambio que España necesitaba. Hemos avanzado mucho pero nuestro proyecto es de largo plazo. No debemos detener nuestro progreso. Podemos y queremos seguir por el mismo camino. No renunciamos a seguir mejorando entre todos y para todos. Sólo se conforman los que no creen en sí mismos ni en los ciudadanos.

Podemos plantearnos nuevos objetivos y aprovechar las oportunidades que se nos presenten porque nuestra nación tiene cimientos sólidos y duraderos. Los que necesitamos. Cuentas saneadas, equilibrio presupuestario, estabilidad institucional. Y optimismo. Somos un partido optimista. El Partido Popular ha contribuido a que este cambio sea posible. Y lo ha hecho con vocación de servicio a los ciudadanos y con capacidad de gestión. Pienso que podemos sentirnos muy satisfechos y muy orgullosos de formar parte del Partido Popular. Porque tenemos un buen partido, un buen proyecto y un buen equipo.

Tenemos un proyecto sólido, claro y que funciona para toda España. El proyecto que nuestro país necesita y en el cual puede reconocerse la gran mayoría de los españoles. Contamos con las mejores personas para llevar a cabo nuestro proyecto. Yo he tenido un magnífico equipo. Hoy, que están aquí la mayoría de ellos, quiero darles las gracias.

El Partido Popular es un excelente equipo dirigido por un líder de una talla personal y política incuestionable. Toda la sociedad española sabe que estamos unidos en torno a Mariano Rajoy. Con él nuestro partido está en las mejores manos y nuestro proyecto tiene el futuro asegurado. Con él España continuará por la senda del progreso, la prosperidad y la estabilidad.

Mariano Rajoy ha demostrado que cree en España y en sus posibilidades. Sus ideas, su capacidad de entrega y su integridad hacen que sea el presidente que España necesita. Los españoles pueden confiar en él y en el proyecto de modernización y progreso que lidera. Quiero dirigirme a todos y cada uno de los militantes del Partido Popular. A todas las perso-

nas que, como vosotros, han conseguido hacer de nuestro partido el más importante de España. Y no sólo porque hemos asumido durante ocho años la responsabilidad del Gobierno. Sino, sobre todo, porque nuestro partido es, hoy más que nunca, necesario para nuestro país.

España necesita la garantía del Partido Popular. Es fundamental para mantener la estabilidad institucional que garantiza la prosperidad y el bienestar, la igualdad de derechos y la solidaridad entre todos los españoles. El Partido Popular es fundamental para que se sigan aplicando políticas eficaces y responsables. Y es fundamental para que la concordia y el dinamismo social sigan siendo una realidad.

Queridas amigas y amigos: existen muchos momentos difíciles de olvidar en estos ocho años. Todos podemos repasar el álbum de nuestra memoria en unos segundos. Estoy seguro de que habrá muchas imágenes ante las que todos tengamos el mismo recuerdo, el mismo sentimiento, la misma emoción. Y estoy seguro también de que todos coincidiremos en conservar en la misma página, en la primera página, la memoria de quienes ya no están con nosotros. Hoy estamos haciendo balance de ocho años de gobierno. Un balance que es también futuro, porque con él nos presentamos a los ciudadanos para proponer garantías de estabilidad, de confianza y de bienestar para la España de los próximos años. Queremos, como la gran mayoría de los españoles, que en España se sigan haciendo las cosas bien. Como la gran mayoría de los españoles, preferimos una España que comparte y que no riñe consigo misma. Una España que avanza junta, y que no retrocede por partes. Una España estable y confiada, y que no vive a sobresaltos.

Como la gran mayoría de los españoles, preferimos esta España solidaria, abierta y tranquila. Para algunos puede ser antipática, qué le vamos a hacer. Para mí, esta España es por fin un país normal, que es como la gran mayoría de los españoles esperan que siga siendo este país. Nosotros seguiremos trabajando con nuestras mejores fuerzas para que Mariano Rajoy sea el Presidente del Gobierno de la España que comparte, que confía y que avanza.

Señor Presidente, la tribuna es suya. Muchas gracias.